

LA VOZ DE LA CARIDAD.

N.º 216.—1.º de Marzo de 1879.

*Dios es caridad. (San Juan,
Epíst. I, 4, 8.)*

GRACIAS EN NOMBRE DE LOS POBRES.

Doña M. F. y A. H. O.—El importe de los diez y cuatro números de nuestra revista, que remiten ustedes respectivamente, ha sido entregado á unas familias desgraciadas, en cuyo nombre damos á ustedes gracias.

Doña C. C.; EN NOMBRE DE UNOS NIÑOS.—La ropita para niños y los juguetes que la acompañaban han cubierto la desnudez y causado la felicidad de unos niños pobres, cuyas madres hacen votos por la salud de sus pequeños bienhechores.

¡MÁS VÍCTIMAS!

Cuando tuvimos el pensamiento de levantar LA VOZ DE LA CARIDAD en favor de los pobres y de los presos, no creíamos ocuparnos de los últimos más que en lo relativo á su prision; pero como al reducirlos á ella, con motivo ó pretexto de fuga, se inmolan no pocos, tambien hemos protestado, aunque en vano, contra las consignas homicidas, pidiendo justicia á favor de los fugitivos. Para pedirla solemos aprovechar ocasiones en que con nuestra voz clame la sangre inocente derramada por *equivocaciones* que se repiten, á fin de que el corazon compadecido al latir fuertemente contribuya á despertar la aletargada conciencia pública.

Hoy aprovechamos tambien una triste, una horrible oportunidad, para clamar contra otro procedimiento tan usado como inicuo, y que repetido uno y otro dia, uno y otro año, constituye un atentado permanente contra la justicia: este procedimiento consiste en no detener el brazo del delincuente, teniendo posibilidad de detenerle, tan pronto como se sabe que va á levantarse contra la ley; en cooperar á que consume el delito para mejor convencerle y más castigarle; en ser su cómplice, en algunos casos su co-autor, puesto que se le proporcionan medios sin los cuales no se cometeria el delito, y en fin, en castigarle traidora y draconianamente y de la manera más antijurídica. Aquí, se sabe que los ladrones van á introducirse por la alcantarilla en una casa; en ella acecha la fuerza pública, hace fuego sobre el primer malhechor que sube, y los demás huyen y quedan impunes; allá, se repite escena muy parecida con bandidos cuyo asalto nocturno se sabe anticipadamente; en una ocasion se tiene noticia de que habrá muchos asesinos apostados para hacer fuego cuando pasen los reyes, y ni se impide á estos que se expongan al inminente peligro, ni se pone á los criminales en la imposibilidad de consumir su atentado: no basta saber el lugar y el momento en que ha de verificarse; no basta saber que son muchos los que han de tomar parte en él; no basta saber que se ha de intentar en una calle céntrica y á una hora en que le hace más ignominiosa para un pueblo culto; no basta que pueda ser víctima de él una mujer, una santa mujer... no basta nada: inhumana, villana é injustamente la dejaron ir por donde los criminales estaban apostados; las balas asesinas pasaron cerca de su cabeza, y si la sangre de una inocente y purísima víctima no cayó sobre España, no fué porque sus primeras autoridades hubieran hecho lo que debian para evitarlo. Otros altos funcionarios, al saber que hay empleados que se venden, pero que falta dinero para comprarlos, le dan para que el delito se consume.

Semejantes cosas pasan ó desapercibidas ó aplaudidas; y las defiende, no ya el vulgo ignorante, sino los hombres que ocupan los primeros puestos en el gobierno y la magistratura. Como tales hechos acontecen con años de intervalo, y mandando hombres de opiniones políticas diferentes y aun opuestas, si el espíritu de partido puede acusar á unos ú otros, el espíritu de equidad los culpa á todos, y la razon dá el tristísimo convencimiento de que en España es solo una minoría, y probablemente muy escasa, la que tiene verdadera idea de la justicia,

y de que se dá con frecuencia este nombre á una série de atentados contra ella, todo lo cual explica por qué la *temen* las personas honradas y la desafían tantas veces impunemente los criminales.

La justicia como la verdad es una; marca fijamente su camino, recto, uno solo, por donde no es posible perderse ni llegar sino á donde se debe ir. La injusticia y el error, como dicen del demonio con mucho poder, son *legion*; su número es infinito como las vías de la iniquidad, que conducen á males cuya gravedad es imposible prever. ¿Quién hubiera previsto el hecho que vemos referido en un periódico de la manera siguiente?

«En una casa de Valencia ocurrió el viernes una horrible desgracia. Constaba al dueño que intentaban robarle, y como medida de precaucion pidió al jefe de órden público que se encerraran en la casa dos ó tres guardias, que así lo hicieron, conviniendo el dueño con ellos determinadas señales para que al entrar en su casa no le confundieran con los ladrones que allí acechaban.

»Llegó un momento en que se sintió abrir la puerta, y dos bultos penetraron en la casa envueltos en la oscuridad. Lo que entonces ocurrió no se sabe á punto fijo: una hermosa jóven de diez y seis años, hija del dueño de la casa, quedó muerta con el corazon partido de un balazo; el padre yacía á pocos pasos de ella gravemente herido. Los guardias confundieron sin duda á los dueños con los ladrones.»

Si no estuviera muy lejos todavía la hora en que las nociones elementales de justicia fuesen comprendidas por la generalidad de los españoles; si no estuviera muy lejos la hora en que la conciencia general anatematizara esa fuerza pública en acecho, matando á mansalva, haciendo uso de las armas más que para defenderse, cazando á los que supone criminales y por equívocaciones frecuentes á los que no lo son; si no estuviera muy lejos la hora en que todas estas abominaciones lo pareciesen, un grito de indignacion y de horror, un grito dolorido é inmenso se alzaria ante el cadáver de esa jóven y las heridas de ese padre cuyo dolor más agudo no debe ser el producido por los defensores de la ley.

— Como está lejos, muy lejos la hora en que los atentados permanentes contra la justicia lo parezcan, no nos queda más recurso que deplorarlos, protestar, aunque parezca inútil, aunque parezca ridiculo, condenar el pecado, llorar la desgracia y buscar algun consuelo entre los que como nosotros piensen y

sientan. Algunos habrá, sí, algunos hay, que comprenden la justicia, elevada, serena, fuerte, esplendente de luz divina, atenta á evitar el delito para no tener que castigarlo, y antes misericordiosa que cruel. Algunos habrá, sí, algunos hay, que no reconocen la justicia, que no pueden reconocerla instigando á los criminales en vez de contenerlos, echándoles cebo, armando la trampa, poniéndose en acecho para cazarlos en la oscuridad, y equivocándose con mucha frecuencia é inmolando á los inocentes.

A los que protesten como protestamos, á los que no se rian de nuestra aficcion, se la comunicamos para consolarla y recibir un apoyo sin el cual tal vez nos veríamos en peligro de desesperar.

¡Hay momentos en que es bien difícil la virtud de la esperanza!

CONCEPCION ARENAL.

Gijon 22 de Febrero de 1879.

AL SR. D. E. A. DE E.

SOBRE EL SERVICIO DOMÉSTICO.

Lejos de tener nada que dispensar, tenemos que agradecer, porque siendo tan raro en nuestro país que los asuntos graves llamen la atencion, y habiendo Vd. fijado la suya en el difícil problema del servicio doméstico, nos complace, en vez de molestarnos, con cualquiera duda que exponga ú observacion que tenga á bien hacer.

Hemos dicho que la supresion de la criada para las personas que no son ricas, es de desear, pero no de esperar por el momento, porque se necesitan *cosas que no existen y cambios de hábitos y opiniones que no se verificarán sino muy lentamente*. En cualquiera reforma, cambio ó fenómeno social, entran, en mayor ó menor proporcion, pero entran siempre, dos elementos, uno material, espiritual otro. El cambio que hemos indicado respecto al servicio doméstico, exige muchos otros en la opinion y un

progreso de que hay evidentes indicios, pero que está aún muy léjos de ser una realidad, y menos en España.

Los cambios en la opinion consisten principalmente en persuadirse:

De cuán difícil es que la criada y el criado no sean un elemento de inmoralidad en el hogar doméstico;

De que el servicio de la criada es muy caro y ruinoso para muchos que la tienen;

De que el comprar pequeñas cantidades y tener una cocina para cada familia, es cosa sumamente cara;

De que el trabajo material no degrada á nadie; no es incompatible con el del espíritu, y aún puede ser muy útil alternar en los dos, y que las señoras, sin dejar de serlo, pueden hacer muchas labores domésticas, que hoy miran las unas (no todas) como indecorosas;

De que el espíritu de independendencia y las aspiraciones á la igualdad, son hechos patentes, inevitables, y que sus consecuencias tienen que oponer un obstáculo creciente al buen servicio doméstico organizado como lo está hoy.

Despues que este cambio se verifique en la opinion, se necesitan progresos materiales que hay razon para esperar, siguiendo los de las ciencias y los de la industria.

Las cocinas económicas que proporcionan una baratura calificada por algunos de pasmosa, ¿por qué ha de limitarse á los pobres? ¿Hay ninguna dificultad insuperable para que haga el interés bien entendido lo que ha hecho la caridad y que asociaciones cooperativas ó especuladores utilicen en bien propio y ageno la economía que resulta de comprar por mayor y condimentar grandes cantidades?

Oyendo hablar de la dificultad de llevar á las casas la comida caliente, se recuerdan los *carros-cocinas* que ya hace muchos años usaron los anglo-americanos durante la guerra separatista y que tanto han disminuido la mortandad conservando la salud. El carro-cocina marchaba detrás de la tropa; en él se iba preparando la comida; cuando se hacia alto, estaba hecha, y el soldado, cansado, no tenia que condimentarla ni retrasar la hora del reposo, y recibia una racion caliente y sana, en vez del alimento indigesto, que por lo comun se improvisa en los alojamientos.

La luz no solo se distribuye á domicilio, sino que el gas sirve de motor para elevar agua donde esta no puede subir, por no tener bastante altura el depósito ó por no haberle. Con una má-

quina poco costosa y la cañería del gas, sin más que abrir una llave y encender un fósforo, el dócil servidor mecánico sube el agua. El gas sirve también para la calefacción, para cocer y asar los alimentos con la mayor perfección y limpieza: en la Exposición de París funcionaban estos aparatos sencillos.

La manera más barata de calentarse resulta ser recibir el calor por tubos que comunican con grandes generadores de calor, lo cual está ya en práctica en pueblos muy adelantados. Véase lo que sobre esto dice un periódico, *La Nature*, del 8 de este mes, bajo el epígrafe: *La calefacción en las ciudades*.

«En América acaba de resolverse el problema de calefacción de toda una ciudad por medio de un solo foco central que transmite el calor por surtidores de vapor que van en todas direcciones, como los tubos del gas. En *Detroit* (Michigan), este aparato funciona perfectamente hace 15 días. En New-York acaba de autorizarse á una compañía para establecer caloríferos á través de las calles, después de haber prestado fianza por valor de 250.000 pesetas, para responder de los desperfectos que puedan ocasionarse en el empedrado. Se ha comprometido á poner caloríferos en los edificios públicos por un precio un tercio menor del que cuesta la calefacción por el método ordinario. Además, en las nevadas, dará máquinas de vapor con que se fundirá instantáneamente la nieve de las calles.»

De estos y otros inventos y prácticas se infiere que hay una dichosa compensación á la *dificultad*, mayor cada día, de hallar buenos servidores domésticos, en la *facilidad* que aumenta de poder pasar sin á ellos, sus *crecientes* exigencias y más considerables gastos que ocasionan, en la *economía* que resulta de suprimirlos.

Es cuanto nos ocurre en respuesta á su atenta carta, correspondiendo á su benevolencia y consideración con la nuestra.

Gijón 16 de Febrero de 1879.

CONCEPCION ARENAL.

LA MUJER CARITATIVA.

Nadie pone ya en duda la influencia grande que la mujer ejerce en la sociedad moderna, desde que la civilización y, so-

bre todo, el cristianismo, la redimieron de la triple esclavitud en que la tenían la fuerza brutal de los pueblos incultos, el materialismo sensual de Oriente y la ignorancia que había en la Edad media respecto á su educación.

Aquella frase axiomática de que, los hombres hacen las leyes y las mujeres hacen las costumbres, ha sido desarrollada por escritores de todos géneros y en todos los tonos. Entre otras recordamos las frases discretas y agudas con que el profundo pensador, que firmaba con las iniciales J. S., expresaba hace años en el acreditado *Diario de Barcelona*, la naturaleza del imperio que la mujer ejerce insensiblemente en la familia, y por consiguiente en la sociedad, que no es más que la agrupación de las familias. Las palabras del cáustico crítico son tan intencionadas y oportunas, que creemos agradecerán nuestros lectores el que copiemos algunas. Hélas aquí:

«El hombre, que es sobre la tierra el sér más inteligente, el sér más sábio, el que todo lo sabe, el que todo lo quiere, el que todo lo puede, se vé de continuo vencido por el sér más débil.

»Unas veces es Sanson y lo vence Dalila. Otras veces es Ho-
»lofernes y lo vence Judith.

»El hombre tiene la fuerza, la inteligencia y la sabiduría,
»pero la mujer tiene la voluntad.

»El hombre aprieta los puños ó aprieta el entendimiento,
»amenaza ó razona, manda ó convence. La mujer llora ó aca-
»ricia.

»Los cálculos mejor hechos, los proyectos más sólidamen-
»te preparados, las obras más firmemente levantadas por la
»fuerza, por el entendimiento y la sabiduría de los hombres,
»son muchas veces castillos de naipes que destruye el soplo de
»un suspiro arrancado del corazon de una mujer.

»Dios ha concedido á la gota el poder de quebrantar la pie-
»dra, y del mismo modo ha concedido á las mujeres el privile-
»gio de dominar á los hombres.

»No hay manera de sustraerse al poder de sus miradas, al
»atractivo de sus sonrisas, al imperio de sus lágrimas.

»Ante esa poderosa debilidad, que se llama mujer, la fuerza
 »del hombre flaquea, su entendimiento se debilita, su sabidu-
 »ría se oscurece.

»Si el hombre es la cabeza del género humano, la mujer es
 »su corazón: él piensa y ella siente; él averigua y ella adivina;
 »él tiene la ciencia y ella tiene la fé.

»La mujer forma la familia y la familia forma la sociedad; la
 »sociedad será lo que sea la familia, y la familia será lo que sea
 »la mujer.

»Por eso parece que les hemos encargado el ejercicio de to-
 »das las virtudes, como si en sus manos estuvieran más seguras
 »que en las nuestras.

»Tres nombres tiene la mujer, que son como los tres anillos
 »que forman la cadena que sujeta el corazón del hombre.

»Primero la conocemos con el nombre de madre.

»Después con el nombre de esposa.

»Luego con el nombre de hija.

»Como si el hombre fuera perpétuamente niño, pasa de los
 »brazos de la madre á los brazos de la esposa; de los brazos de
 »la esposa á los de la hija. Hijo, amante ó padre, la mujer es
 »siempre la que nos sujeta, la que nos esclaviza, la que nos do-
 »mina.

»Dentro de la casa, en el seno de la familia, en ese rincón de
 »la sociedad que se llama hogar doméstico, se hace siempre lo
 »que el hombre manda; pero, regla general, el hombre no man-
 »da más que aquello que la mujer quiere que mande.

»El hombre se contenta con las apariencias de la autoridad,
 »y, orgulloso con la posesión del poder ejecutivo, no suele ad-
 »vertir que hay quien legisla sobre su voluntad, que hay quien
 »le impone la ley, y, semejante á los reyes constitucionales,
 »reina y no gobierna.

»Siempre que veo á una mujer apoyada en el brazo de un
 »hombre, no me cabe duda de que aquel hombre lleva á aque-
 »lla mujer; más si penetramos un poco en el fondo de esta com-
 »binación, veremos que él la lleva y ella lo dirige.

»Pues bien; la mujer ejerce en la sociedad el mismo influjo
 »que ejerce sobre el hombre: ella, que tan fácilmente cambia de
 »modos, cambia difícilmente de sentimientos, y nos impone á la
 »vez la ley de su corazon y la ley de su capricho; sus senti-
 »mientos y sus modas; todas las locuras de su tocador y todo el
 »juicio de su buen sentido.

»Hé aquí un profundo juego de palabras: la razon es del
 »hombre, pero siempre se da la razon á las mujeres, porque
 »cuando ellas se empeñan en tener razon, no hay más remedio
 »que dársela.

»Todo lo ignoran y todo lo saben, como si tuvieran la intui-
 »cion de todas las cosas; y esto consiste en que el corazon se en-
 »gaña ménos veces que la cabeza.»

*
**

Si, pues, tan grande es la influencia de la mujer en la socie-
 dad, queremos hoy llamar la atencion de los lectores de LA VOZ
 DE LA CARIDAD sobre uno de los caractéres que suelen distinguir
 á la mujer, por lo mucho que la enaltece, y por lo mucho que
 aprovecha como un ejemplo que seduce á los demás con la fuer-
 za de esa influencia que tan gráficamente nos pinta el acadé-
 mico de la lengua señor S.

Nos referimos á la mujer caritativa.

Si convenimos en que la caridad es, además de otras cosas,
 señal evidente de buen corazon, preciso es convenir tambien en
 que debe ser, y es realmente, uno de los más bellos adornos
 morales de la mujer. Es más; apenas concebimos mujer buena
 sin que sea caritativa, pues el egoismo y la dureza con las mi-
 serias del pobre nos parece un contrasentido imposible en
 el corazon femenino, que suele encerrar tesoros de senti-
 miento.

Los grandes heroismos de la caridad han tenido muchas ve-
 ces su origen ó su desarrollo en las mujeres. Los hombres, ge-
 neralmente hablando, apenas sabemos y hacemos más que imi-
 tarlas en este punto.

Mujeres son las *Hermanas de la Caridad*, que renuncian á la familia, al placer, á las comodidades y á todo, para consagrar su existencia, su trabajo y su ternura al cuidado de los hospitales, de los hospicios, de los expósitos, de las escuelas y de los heridos en el campo de batalla.

Una mujer, sencilla aldeana bretona, fué la primera *Hermita de los pobres* y la fundadora de este moderno instituto de beneficencia, tan simpático al pueblo.

Y cuando queramos ver heroismos profundos, aunque modestos, de abnegacion, de amor sublime, de sacrificio y de sufrimiento, no los busquemos en el hombre eminente ni en sus triunfos aparatosos, sino en la madre de familia, clavada dias y noches junto á la cuna de su hijo enfermo ó velando incansable á su anciana madre moribunda.

El hombre, pues, que piense un poco y se fije más en la esencia que en los accidentes de cuanto se ofrece á su observacion, podrá ser indiferente á la belleza exterior y á los halagos de las mujeres, pero no dejará de rendir grato homenaje de respeto y de aprecio á la caridad de la mujer benéfica, viendo en esta cualidad un indicio de todos los que deben constituir la perfeccion posible de su séxo.

Esto, respecto á la caridad con relacion á la mujer que la tiene, pero respecto á la sociedad que la presencia y la admira, el efecto es todavía más trascendental.

Casi lo ménos es el beneficio material que por ella reciben los pobres socorridos: lo más importante es quizás la propaganda útil que hace su ejemplo sobre los hombres y sobre otras mujeres, la enseñanza práctica que ofrece de los goces puros que hay en hacer bien, y lo mucho que atrae el encanto con que la mujer, por medio de ese ejemplo, parece decir á todos: «Imitadme y os lo agradeceré: seguid mi ejemplo si quereis agradarme.»

Ya que tan provechosa es la caridad de las mujeres para ellas mismas y para los demás, nosotros nos permitiríamos dar un consejo á los padres, á las madres, á las institutrices, á las

mestras y á todas las personas que constituyen el elemento educador de la mujer: nosotros les diríamos: «Educad, instruid y embelleced moralmente á las niñas; desarrollad su entendimiento; formad su corazón; infundid en sus tiernas almas los consuelos salvadores de la fé y las felicidades ideales de la esperanza; pero falta algo más tan importante como todo eso: hacedlas caritativas, desenvolved qué es el gérmen de la compasión, enseñádoles á hacer bien por deber religioso y moral, por placer puro y para dar alimento á la ternura del corazón que necesita objeto en que fijarse, y no siempre encuentra otro más digno. Las niñas os lo agradecerán cuando sean mujeres formadas: la sociedad os lo agradecerá siempre.»

FAUSTO.

LA HOSPITALIDAD DE NOCHE.

En medio de tantos motivos para desmayar en la obra á que procuramos contribuir con nuestras escasas fuerzas, consuela el ver cómo cada día se discurre un modo nuevo de aliviar desgracias, de ayudar á los menesterosos, de prestar auxilio á los que están muy necesitados de él. A seguida de estas líneas encontrarán nuestros lectores otras en que el corresponsal en París de uno de los periódicos de esta capital, dá cuenta de la buena obra que allí hace una asociación consagrada á dar hospitalidad por la noche á los que «no tienen ni un pedazo de estera donde reposar y olvidar, durmiendo, sus miserias.» Quien dice falta de techo, dice falta de hogar. ¡Qué cosa tan triste carecer de él! ¡Dormir á la intemperie, en el suelo, en el campo, es doloroso, dolorosísimo para el cuerpo; pero cuánto más lo debe de ser para el alma! Parece la última expresión de la miseria, del abandono y del aislamiento. El nombre primitivo se guarecía en la concavidad de una roca, y hoy nos parece que

quien tal hacia se asemejaba á la bestia; pero entonces no habia otra cosa. ¿Qué debe parecernos el que hoy carece hasta de eso en medio de la florescencia de la civilizaci3n moderna? Es, seguramente, un desgraciado; pero ¿y la sociedad que lo vé y lo consiente sin parar mientes en ello?

Si hay alguien, que no lo creemos, que sea de los que se tranquilizan fácilmente culpando por estas desgracias á los que las padecen, que eche una mirada sobre los datos estadísticos con que termina el correspondal y se haga las *tristes reflexiones* á que se presta.

Hé aquí el interesante párrafo de la correspondencia de que hablamos:

«Admiran y encantan al mismo tiempo los frutos que en este inmenso París produce la iniciativa individual que en todo piensa y á todo se extiende, procurando siempre remediar grandes necesidades.

Acabo de leer una Memoria sobre los trabajos de la «Obra de hospitalidad de noche.»

Hay, en efecto, infinitos desgraciados que en estas noches de lluvias, de nieves y de hielos, no tienen ni un pedazo de estera donde reposar y olvidar, durmiendo, sus miserias.

Para ocurrir á esta necesidad é inspirándose en una instituci3n análoga de Marsella, formóse en París á principios del pasado año un Consejo de Administraci3n, que pudo inaugurar sus benéficas tareas el 2 de Junio, con un material de 20 camas en la Rue Tocqueville, 59. El mismo dia de la inauguraci3n, fueron allí acogidos tres desgraciados, y á los pocos dias llegaban á 37; habia, pues, 37, dice la Memoria, que se acostaban sobre bancos ó en el desnudo suelo. Fuéronse aumentando los elementos de esta sociedad, tanto que el 2 de Octubre daba asilo á 105 desgraciados, y hasta el 31 de Diciembre habia acogido á 2.874 personas.

Esta instituci3n completamente gratuita, este caritativo hotel, primera casa de asociaci3n, hoy ya en vías de gran desarrollo, se abre á las siete de la noche y se cierra á las nueve.

Los que allí entran una sola vez, no tienen necesidad de documento alguno; pero si vuelven, se les exige que identifiquen su persona. Al entrar reciben un número que consta también en la cama que deben ocupar. Y muchas veces, dice la Memoria, nos hemos visto obligados á cerrar nuestras puertas por falta de camas.

Bien quisiera insistir todo lo que se merece sobre esta institución; pero terminaré consignando que esa casa ha dado asilo á 26 profesores, 17 estudiantes, varios farmacéuticos, 31 relojeros y plateros, 406 empleados de comercio, un cirujano, un ingeniero civil, cinco intérpretes, tres actores, tres músicos y 490 cocineros, mozos de café, etc., etc.

¡A cuántas y cuán tristes reflexiones se presta la anterior estadística!»

DE LA MENDICIDAD Y DE LA BENEFICENCIA.

Con este título acaba de dar á luz el Sr. D. Antonio Maestre y Alonso un libro estimable, compuesto de cuatro capítulos en que se tratan los temas siguientes: *prolegómenos, pauperismo y mendicidad, la beneficencia en España y teoría de la beneficencia*. Al frente del primero aparece este notable texto de nuestro Luis Vives:

«Todo aquel que necesita de la ayuda de otro, es pobre y menesteroso de misericordia; que en griego se llama limosna, la cual no consiste solo en distribuir dinero, como el vulgo piensa, sino en cualquier obra por cuyo medio se socorre la miseria humana.»

A seguida comienza el autor su tarea en esta forma:

«*Consolar al triste*, esto es, remediar las necesidades de nuestros hermanos, minorar sus dolores, fortalecer el ánimo del próximo á desfallecer ante las vicisitudes de la vida, con la limosna pecuniaria, el consejo ó apoyo indirecto, entraña en sí

este acto religioso la expresion de un sentimiento moral y el cumplimiento de un deber jurídico.

»Para acudir al remedio de los infortunios que la aquejan, la humanidad, ante lo imposible de identificarse con los pesares del que sufre, estableció la limosna, por la cual se facilitan los medios de que el menesteroso pueda acudir al remedio de su miseria. No concretándola á la pecuniaria, acude tambien con la moral á la felicidad del prójimo; «el hombre (ha dicho Jesucristo) no vive solo de pan,» y su discípulo predilecto Juan añade: «No basta que amemos con la lengua y con la palabra, sino con la verdad y con las obras.» El sacerdote que en el cumplimiento de su ministerio reforma con la persuasion y el ejemplo las costumbres de sus feligreses, doctrina al pàrvulo, muestra el camino de la virtud al jóven y el del deber al de edad madura, reconcilia á los convecinos, pone término á sus enemistades y restablece la paz conyugal entre los esposos desavenidos. La mujer, que representante del amor y el sentimiento en la familia, usa del ascendiente de esposa y madre, dulcifica el carácter de su consorte en las relaciones del mismo en la vida social, y en el trato con sus hijos guia á éstos por la senda de la virtud y del honor, y verdadero ángel del hogar con su prudencia impide el que se altere la armonía de la vida familiar. Quien movido únicamente por la caridad visita al encarcelado y con sanos consejos despierta el arrepentimiento en su alma, contribuyendo á que se aparte del camino del crimen, hace de él un ciudadano honrado.

Quien convierte al bien la infeliz cortesana arrojada á la senda del vicio en un momento de extravío. Quien socorre en sus enfermedades la doliente con el auxilio de la ciencia, alivia aquellas ó con sus consejos infunde la necesaria resignacion para sobrellevarlas. El maestro que, por medio de la enseñanza, abre nuevos horizontes para el porvenir de sus educados. El patrono, compañero del obrero en los dias del trabajo, su protector y amparo en los de enfermedad ó crisis manufacturera. El legislador que buscando al par del principio jurídico

que exige la reparacion del derecho infringido, el fin moral de que se corrija el que delinque por medio de un buen reglamento de cárceles y de un excelente sistema penitenciario impide se pervierta el preso por presunta criminalidad, ó que el presidiario, cumplida su condena, reincida en el delito. La administracion vigilando para que los establecimientos de beneficencia, en vez de núcleos de desbarajuste administrativo, sean asilo del desvalido, donde el anciano y el niño encuentren amparo á su debilidad el primero, y el aprendizaje de un oficio el segundo. Y en suma, todo el que en algun modo alivia las privaciones de sus semejantes, contribuye con una limosna espiritual á favorecer sus conciudadanos, de igual manera que quien con la pecuniaria proporciona los medios de que el mendigo cubra su desnudez y atienda á la conservacion de su vida. «Juzgan muchos, dice una ilustre escritora (1), que la caridad consiste solo en el dinero; y para no ejercerla se quejan de que no lo tienen; pero no es así; la caridad no está en la bolsa, está en el corazon.»

«Para el ejercicio de la limosna, la religion dió vida á la caridad, la moral creó la *filantropia* y el derecho la *beneficencia*.»

Termina este primer capítulo con estas palabras:

«La Beneficencia, reducida al cumplimiento de ley positiva, sin las consideraciones de humanidad, es el árido cumplimiento de las disposiciones gubernamentales y carece del carácter humano que imprime á la limosna la Filantropía y fáltase á los acogidos en los establecimientos de Beneficencia á las consideraciones que á todo sér social se deben, por no comprender la tolerancia que exigen la desvalidez de los primeros años, las impertinencias del enfermo y los desvarios del demente; se engendra el descuido para los dolientes y la falta de salud y buena educacion en las inclusas y hospicios, y los malos tratamientos para los enajenados, lo que hace incurable su locura.»

(1) Fernan Caballero.

Sin la Caridad, que desinteresada y cariñosa socorre á un hermano en el desgraciado, y que con paciencia y resignacion en su esmerada asistencia concede la tranquilidad al ánimo, favoreciendo en gran parte el bienestar del socorrido, no se cumple al fin social de acudir al amparo del ciudadano ni á la compasion que merece un semejante, y en vez de despertar sentimientos de gratitud por el beneficio recibido, se crea el ódio que origina un socorro concedido sin la conciencia del interés que se merece un prójimo, un hermano.

»La limosna que, inspirada en los puros y santos principios del cristianismo, consuele á un hermano que obedeciendo á los impulsos del corazon ampare á un semejante, y que cumpliendo los fines jurídicos de proteccion en su desgracia al individuo social, socorra á un ciudadano, revistiendo, segun ya hemos dicho, el triple carácter de religiosa, moral y jurídica, coadyuvará en gran manera, si no á la completa desaparicion de los pobres, que siempre existirán sobre la tierra, al ménos aminoraré las amarguras del indigente y llevará al corazon del que ejercerla pueda la satisfaccion moral que siempre acompaña al cumplimiento del bien; y uniendo por los vínculos de la gratitud y del beneficio á pobres y ricos, facilitará la necesaria armonía entre todas las clases sociales para que se realicen en la vida pública de las naciones las grandes manifestaciones de la libertad y del progreso.»

Son tan pocos los que se dedican al estudio de estas materias que tanto nos interesan, que hemos creido de nuestro deber dar á conocer este libro, así como nos complacemos en ver que su jóven autor haya hecho sus primeras armas como escritor público ocupándose en tema tan interesante.

ERRATA.—En el número anterior, página 365, línea 5.^a, donde dice *durante esperad*, léase *esta espera*.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN EL TOMO IX.

BENEFICENCIA.

	<u>Páginas.</u>
Estatutos del Asilo de Nuestra Señora de las Mercedes, por Doña Concepcion Arenal.....	1
Socorro á los marinos, por Fausto.....	7
La caridad en la guerra.....	17
Las virtudes de los pobres.....	21
Buenos hijos de Asturias.....	34
Consolar al triste.....	44
Asilo de Nuestra Señora de las Mercedes, por Doña Concepcion Arenal.....	66
¡Pícaros ingleses! por id. id.....	81
Necrología. D. José María de Ibarra, por Fausto.....	86
El torno.....	91
¡Llegó la hora! por Doña Concepcion Arenal.....	97
La Constructora benéfica.....	102
¡Ya puede decirse! por Fausto.....	113
Cuenta de la Constructora benéfica.....	115
El Centro Naval Español, por Doña Concepcion Arenal..	124
Tuvo un <i>desgusto</i> , por id. id.....	126
Una limosna para el espíritu, por id. id.....	129
Memoria de la Junta de Beneficencia de Burgos, por id. id.	132
La Caridad en la guerra. Material Sanitario.....	137
Usura laudable, por Fausto.....	140
Sociedad protectora de los niños, por Doña Concepcion Arenal.....	154
Estadística benéfica, por Fausto.....	155
Los titiriteros, por id.....	164

	<u>Páginas.</u>
Proyecto de ley de Beneficencia.....	174
Las instituciones de prevision, por Doña Concepcion Arenal.....	177
Sociedad protectora de los niños, por Doña Concepcion Arenal.....	181
Un acto de heroismo.....	182
Caridad en Avila, por Fausto.....	201
Los hospitales en la Exposicion de Paris, por D. E. Vallin.....	213
Los hijos de las penadas de Alcalá de Henares, por Doña Concepcion Arenal.....	235
Inválidos del trabajo, por idem.....	249
La economía popular, por Fausto.....	254
Los enemigos del pueblo, por Doña Emilia Mijares del Real.....	280
Lía, por Fausto.....	284
Dolor de frio, por idem.....	292
La Calle de la Caridad, por idem.....	314
Las tarjetas de año nuevo, por idem.....	335
Los pobres tambien sienten, por Doña Concepcion Arenal.....	337
Cecilio el ciego, por Fausto.....	346
La ley de proteccion á la infancia, por D. Antonio Balbin de Unquera.....	350
Idem, (conclusion).....	367
Junta general de la Constructora benéfica.....	455
Los niños cautivos en Alcalá, por Doña Concepcion Arenal.....	354
El registro de la indigencia, por D. Alejandro Ramirez Villaurrutia.....	360
Mil quinientos reales, por Fausto.....	363
La mujer caritativa, por id.....	374
La hospitalidad de la noche.....	379
De la mendicidad y de la beneficencia.....	381
ESTABLECIMIENTOS PENALES.	
Juan Howard.....	12
Circular de la Direccion general de Establecimientos penales, por Doña Concepcion Arenal.....	52
Cartas al Sr. D. G.....	56
El Congreso penitenciario de Stokolmo, por Doña Concepcion Arenal.....	145

Idem, (continuacion).....	170
Idem, (id).....	183
Idem, (id).....	206
Idem, (conclusion).....	241
¡Prision preventiva! por Doña Concepcion Arenal.....	161
La cárcel de Barcelona, por idem.....	195
El Patronato, por Fausto.....	209
¡Prision preventiva! por D. Pedro Armengol y Cornet.....	231
Registro de penados y procesados, por Doña Concepcion Arenal.....	252
El Congreso penitenciario de Stokolmo, por D. Pedro Armengol y Cornet.....	264
Carta-exposicion al Director de Establecimientos Penales, por D. Pedro Armengol y Cornet.....	295
El correccional de los jóvenes delincuentes, por Doña Concepcion Arenal.....	306

ASUNTOS VARIOS.

Crónica de buenos ejemplos, por Fausto.....	9
Idem, por id.....	89
Las maneras y las modas.....	9
Idem, (conclusion).....	23
Federacion para la abolicion de la prostitucion.....	26
Idem, id. (conclusion).....	59
¡A qué matarse, si se muere! por Fausto.....	39
No hay palabras, por Doña Concepcion Arenal.....	50
Cuenta de ingresos y gastos de LA VOZ DE LA CARIDAD en el semestre 15.....	65
Estado religioso y moral de la Isla de Mallorca, por Doña Concepcion Arenal.....	68
La casita limpia, por Fausto.....	77
El pan del espíritu, por D. Manuel Sierra y Durán.....	108
El pesimismo.....	140
La vanidad y la prensa.....	157
La sociedad económica de Asturias de amigos del País, por Doña Concepcion Arenal.....	178
A Mallorca, por id.....	193
Los que se divierten, por Doña Emilia Mijares de Real...	198
El desengaño, por Doña Concepcion Arenal.....	225

